

NO me explico cómo los políticos de nuestro tiempo nos quieren volver locos con la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de las Indias y con la ya vomitiva Expo'92. Si hacemos un análisis profundo de todo ello, comprendemos el posible daño que la política actual puede hacer a todos los españoles. Hay quien dice —y me refiero a personas muy de los pueblos de España— que «todo este Centenario y demás cuentos va a llevar a nuestra nación a peor estado en que está»; hay otros que dicen que «este Centenario puede ser, o está siendo ya, un nuevo "descubrimiento" de América para la cartera de unos cuantos y que, esta vez, no van a tener que viajar tan lejos, sino sólo ir hasta la isla de la Cartuja, en Sevilla». Yo creo que el mismo encadenamiento que Cristóbal Colón sufrió al regreso de su tercer viaje a las Indias, encadenamiento debido a su criado Francisco Roldán, lo pueden sufrir algunos políticos. Francisco Roldán decía que Colón era «hombre duro y áspero y cruel y codicioso, y que con él non podría alguno medrar». Eso creo yo de muchos políticos de nuestro tiempo.

Cuando se leen todas las historias en torno al almirante se ponen los pelos de punta de tantos odios, tantas ambiciones, tantas intrigas, tanto engaño, de tal manera que ya no se sabe quienes son los buenos ni los malos. La codicia, o tal vez los sueños, nos hacen ver un mundo endemoniado, empezando por los Reyes Católicos y los suyos, engañadores siempre de Colón, como puede verse en lo que se escribió y afirmó en «Las Capitulaciones de Santa Fe» para no cumplirse después, y cuando nuestros Reyes Católicos «vieron algo positivo», al regreso de Colón de su primer viaje, pidieron, como todos saben, al Papa Alejandro VI que reconociera por medio de unas bulas el derecho de los Reyes Católicos a los descubrimientos de las Indias. Como los Reyes desconfiaban, Colón les dijo: «Si yo non lo escribí a Sus Altezas, fue porque así quisiera a ver fecho del oro antes.»

Lo cierto es que los viajes colombinos a las Indias levantaron una furia de ambiciones y rencores que empezó en España y fuera de ella una sangrienta revolución que nunca ha terminado, como se puede ver hoy día en El Salvador, Panamá u otras tierras americanas. ¿Vale la pena tanta conquista para llenar el alma de los seres humanos de odio, traiciones y muerte? ¿Qué le han dado al pueblo español las Américas descubiertas o conquistadas entre sueños y brutalidad? ¿Llenar los bolsillos de muchos bribones y fariseos? Puede. Pero ¿qué les dio la conquista a los aborígenes de estas tierras, además de las matanzas de exterminio y el narcotráfico actual del que se ven obligados a vivir sus supervivientes? Creo que nada, absolutamente nada, o quizá, en épocas de tragedia, el pan que nos envió Evita Perón o la acogida que a muchos de nuestros exiliados republicanos les brindó el pueblo mexicano. ¿Qué hemos hecho o qué hacemos en tiempos de paz fuera de alharacas, patriotería folclórica y vana palabrería? Habría que preguntárselo aquí a algunos de nuestros políticos y allí a un Vargas Llosa o un Gabriel García Márquez, tan amigo siempre de Fidel Castro. ¿Conseguirá algo Vargas Llosa en sus andaduras políticas peruanas? Creemos que no, aunque bien hacen los hombres por tener fe en su tierra y en los suyos y luchar por ellos, siempre que ni ellos ni los de su alrededor no se llenen los bolsillos del dinero fácil de armas y drogas.

COLÓN ENCADENADO

Por José MARTÍN RECUERDA

De verdad, yo vivo en una gran confusión. Quiero saber, como siempre he dicho, más y más del porqué de la ruina de tantos países perjudicados y que no sé, ante tanto desconcierto, para qué y por qué el V Centenario ni la Expo'92, sueños, claro está, a lo mejor de buen talante de los políticos actuales españoles. A todos estos políticos los llevaría a que hablaran, con humildad, con la gente de los pueblos de España; gente que ya pagó nuestras ruinas imperiales y que pueden volver a pagar las nuevas ansias egocentristas actuales.

Recuerdo ahora todo lo que algunos padres y hermanos dominicos del convento salmantino de San Esteban me enseñaron, o bien de palabra o con documentos conocidos por ellos, sobre los sueños o ambiciones de Colón cuando estuvo en el convento salmantino para pedirles a los confesores de los Reyes Católicos, fray Antonio de Talavera y Diego de Deza, y a los escribanos y contadores del reino Luis de Santángel y Alonso de Quintanilla el poder hablar al menos con Isabel la Católica para pedirle el apoyo en su viaje a las Indias. Inolvidable que después de tanto luchar y pedir, cuando Colón quiso embarcar, con todo fiado, se alistaron para embarcarse solamente cuatro criminales paleños condenados a muerte.

Por todas estas razones yo quiero volver al convento salmantino de San Esteban y contar lo que los más sabios hermanos y padres dominicos me contaron y yo fui soñando, conociendo y viviendo por todos los rincones del convento lo que me dijeron. Y aquí está lo que les quiero contar a los lectores:

Cuando Colón hizo su peregrinaje a Castilla, ya tenía muchos sueños realizados. Su inquietud era devoradora. Le dieron asilo en una celda del convento, pero apenas estaba en ella. Paseaba siempre que podía por el claustro de los Reyes, por el monte de San Vicente, por la iglesia, por el coro y en todas partes se detenía y pasaba horas y horas mirando los techos, paredes y rincones. A veces se arrodillaba y a veces lloraba. Cuando lo llamaban para comer o cenar o para dialogar con los confesores, tesoreros o escribanos citados, lo veían hasta cambiado de color. Un padre dominico le preguntó y fue, poco a poco, quedándose asombrado. Colón, además de haber leído mucha Biblia, mucha Teología, mucha Cosmografía, era un visionario que atestiguaba que tenía el don divino de llevar a Dios con él y ver todo el futuro que soñaba. Era verdad que buscaba las montañas de oro de Salomón y el Paraíso Terrenal, entre otras muchas cosas, pero también era verdad que había visto a muchos enfermos y muertos que, antes que él, habían pisado la tierra del Paraíso Terrenal.

Las visiones de estos enfermos y muertos le aconsejaban que ya no luchara por ir adonde ellos fueron. Decían que sería inútil todo lo que hiciera, porque jamás tendría solución la conquista de nada en este mundo desconocido entonces y menos de aquellas tierras poderosas y llenas de riquezas que habían dejado y no sabían ni en dónde. Le aconsejaban siempre que todo, absolutamente todo, sería un gran engaño, porque en aquellas tierras no terminaría nunca la sangre derramada, las grandes revoluciones, la esclavitud y el hambre y quien o quienes las descubrieran se verían envueltos en aquella

marasma de perversidades.

Los temores de Colón fueron cada vez más torturantes. Lo cierto es que sus visio-

nes eran dantescas y casi se podía decir que la tragedia que en estas visiones veía se parecía enormemente a la España tremenda y deformada que Goya nos dejó en su pintura negra. Lo cierto es que Colón siguió luchando por encontrar lo deseado y vio las más grandes corrupciones de su vida, tanto en los que embarcaron con él como en la Corte de Castilla o en las tierras soñadas. Con dinero prestado fue de unos sitios a otros y al fin, ¿qué? Más ambición, lujuria, robos, engaños, traiciones para aquellas tierras y para nuestra España. Aunque como bien sabemos, había también en Colón, principalmente, predestinación, vanidad e intereses. Sus conocimientos parecían haber sido adquiridos para apoyar estas tres líneas de actuación. ¿Y va a celebrarse el V Centenario con millones de gastos para que España e Hispanoamérica sigan perdiendo lo perdido? Un pescador de la Caleta salobreña me dijo: «Vivimos con seis hijos en una casa con sólo un cuarto y una cocinilla con un "abujero" que sirve de retrete, pero con las lluvias de este año las paredes se han humedecido. Las goteras no dejan de caer. Nuestros hijos pierden el sueño y están enfermando. Dicen que están construyendo casas para nosotros, pero todavía, en tantos años como llevamos de democracia, no han terminado las casas.» Puede que esta situación se encuentre no ya en España, sino en otros muchos países del mundo, pero eso no justifica el que podamos caer, una vez más, en gestos y gastos neoimperiales y asistamos en el 92, desde nuestras «barracas», a una gran feria de gigantes y cabezudos con pies de palo. Puede ser que nuestros políticos lleven dentro toda la grandeza que un Don Quijote encerraba en su alma, o que un Amadís de Gaula encerraba en la suya y sufriera equivocaciones tan grandes, como aquella de «la doncella deshonrada» que le pidió a Amadís la cabeza cortada de su deshonorador, para que esa cabeza, en manos de la doncella, empezara a hablar diciendo: «¿Cómo has podido hacer esto con el que tanto quieres? Ahora me tendrás hablándote desde tus manos toda la vida.» Entonces la doncella odió a Amadís por lo que había hecho.

En el alma del pueblo español quizá estará siempre el habla de los políticos actuales y soñadores, que yo respeto y que les deseo tengan precauciones con los que quieran robar en el V Centenario, y que nadie tenga que traicionarlos como Francisco Roldán, el criado de Colón, del que ya hemos hablado, encadenó a su amo. Estas cadenas no quiso quitárselas Colón hasta que llegó a Cádiz y consintió que todos los navegantes lo vieran días y días en aquel deplorable estado, donde la sangre manchaba su cuerpo y las cadenas. No debiera ocurrir esto nunca más, pero la vida y el ser humano son así. Ojalá yo me equivoque y conmigo tanta gente del pueblo español, y que España pueda ver lo que casi nunca vio: uno de sus mayores y hermosos engrandecimientos, para bien de tantos, para bien de todos. Pienso, al final de este artículo, que quizá todo el V Centenario podría llevar a hermosas conclusiones a nuestro país y nunca más a las cadenas del almirante, gobernador y virrey. Esperamos que vanidades y bajos intereses no vuelvan a llevar a nuestro pueblo a viejas ruinas imperiales y a nuevas amargas y decepciones a nuestros todavía desconocidos hermanos del otro lado del mar.